

ESTRATEGIA



JULIO-AGOSTO 1972

INSTITUTO ARGENTINO DE ESTUDIOS ESTRATEGICOS Y DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

17

ESTRATEGIA

PUBLICACION BIMESTRAL

Julio - Agosto 1972 Año 3

17

ESTRATEGIA

DIRECTOR

JUAN ENRIQUE GUGLIALMELLI

DIRECTOR ASOCIADO

ENRIQUE VERA VILLALOBOS

CONSEJO DE REDACCION

ALBERTO MANUEL GARASINO

RODOLFO N. M. PANZARINI

ARNOLDO C. TESSELHOFF

JOSE LUIS GARCIA

CARLOS MARIANO GAZCON

HORACIO P. BALLESTER

MARIO HORACIO ORSOLINI

ERNESTO J. ABERG COBO

BRUNO PASSARELLI

HAROLDO OLCESE

JOSE ENRIQUE MIGUENS

GUILLERMO A. GIAROLI

ADELA Y. DE KUMCHER

Precio del ejemplar en la Argentina: \$ 7.00

Suscripción anual: \$ 30.00 *

Precio del ejemplar en el exterior ⁽¹⁾: U\$S 2.00

Suscripción semestral en el exterior ⁽¹⁾: U\$S 4.50

Suscripción anual en el exterior ⁽¹⁾: U\$S 9.00

⁽¹⁾ Por vía marítima

Córdoba 838, piso 1º

Teléfono 392 - 8186

Buenos Aires

Las FF. AA. en América Latina (FF. AA. y Revolución Nacional)

JUAN ENRIQUE GUGLIALMELLI

Las Fuerzas Armadas, expresé en una oportunidad, integran su respectiva comunidad nacional y deben compartir sus inquietudes y sus objetivos históricos. Son parte de esa sociedad y, por lo tanto, no pueden tener una estrategia ni una doctrina diferente a aquélla. Bueno es entonces que para hablar sobre la función de las Fuerzas Armadas en Latinoamérica, definamos primero qué sucede en esta vasta área geográfica.

1. AMERICA LATINA Y EL CONTEXTO MUNDIAL

a) América Latina integra una sociedad universal que, a partir de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), sufre cambios profundos y acelerados. Sus datos más significativos los constituyen la existencia de los dos grandes sistemas mundiales (capitalista y socialista), el fin del colonialismo y el desarrollo vertiginoso de la ciencia y de la técnica. Sus consecuencias se recogen en tres campos: el político, el económico y el militar. Los tres, por otra parte, íntimamente correlacionados.

— *En lo político.* La tendencia que anuncié como irreversible¹ de la coexistencia pacífica, se ha confirmado plenamente. El período de la “guerra fría”, comenzado en 1947 (Declaración Truman) llega a su ocaso tal vez definitivo luego del momento de máxima tensión cuando “la crisis de cohetes” entre la URSS. y EE.UU. (1962). Hoy es una realidad la superación del aislamiento de China

¹ ... “la pauta internacional está hoy signada, no obstante los conflictos subsistentes, bélicos o no, por la coexistencia pacífica. Esta coexistencia ha de interpretarse como un proceso general, en el cual no pueden descartarse ni la lucha armada ni la subsistencia de conflictos, según lo hemos apuntado, pero cuya definición “ha de arbitrarse más en la negociación que en la victoria por las armas”. Discurso al inaugurar los cursos como Director de la Escuela Superior de Guerra y Centro de Altos Estudios, 1965.

(viaje de Nixon —febrero 1972—, su ingreso a las Naciones Unidas, restablecimiento de las relaciones con todos los países del mundo, viaje del primer ministro japonés). Los acuerdos concretos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética (visita de Nixon a Moscú —mayo 1972— y Tratados y Declaraciones firmados) y, por último, en el ámbito europeo, los acuerdos sobre Berlín de las grandes potencias y los de Alemania Federal con los gobiernos de la Unión Soviética y de Polonia. En este cuadro, y ante el surgimiento de otros grandes estados, tales como los altamente industrializados de Europa, y del Japón y de China en el Asia, tiene confirmación otra dirección que preveíamos;² la acentuación del policentrismo político. En este cuadro político mundial, para los países periféricos, el concepto de Nación y su realidad soberana no sólo se ha revitalizado sino que, construirla, conformarla de manera definitiva, constituye la exigencia primaria y fundamental.

—*En lo económico.* Se transforma en caduca y obsoleta la vieja división internacional del trabajo cuyo signo estaba dado por la existencia de países productores de materias primas y alimentos y por países proveedores de bienes manufacturados. En su reemplazo, algunos de los antiguos beneficiarios, no obstante que han de necesitar un mercado único mundial, intentan mantener sus privilegios y beneficios a través de un neocolonialismo que se ampara en la creciente concentración financiera, científica y técnica, propia de las naciones industriales más avanzadas. Por su parte, en los países periféricos, se acentúa como un imperativo de la hora, el tránsito de sus respectivas sociedades hacia una industrialización cada vez más creciente y autónoma.

—*En lo militar.* La revolución científica y tecnológica gravitó profundamente. Quizá nunca quedó tan claro en estos años la decisiva influencia que los factores científicos y tecnológicos y la economía en general ejercen sobre la organización militar, tanto en los aspectos cualitativos como cuantitativos, así como sobre la teoría y la doctrina de guerra. En las grandes potencias se confunden la ciencia y la técnica con la ciencia militar. El poder militar se impregna de la revolución nuclear y electrónica. Las computadoras realizan procesos esenciales. Las matemáticas, la física, la cibernética, etc., constituyen elementos sustanciales de la estrategia y de la táctica. A su vez, en los países periféricos el sector militar se incorpora al proceso nacional revolucionario constituyéndose en protagonista de la lucha por la soberanía y la independencia económica. El desarrollo integral, como esencia de la seguridad, se incorpora a la doctrina militar. No se trata

² Ver ESTRATEGIA N° 1, "Propósitos y definiciones", Mayo/Junio 1969, pág. 12.

de acrecentar el poder militar, que es una de sus consecuencias, sino del imperativo de vertebrar la Nación a través de su integración geo-económica, social y espiritual.

En orden a la posibilidad de conflictos bélicos, la posesión por las grandes potencias de un arsenal nuclear y termonuclear ha significado que la guerra generalizada (nuclear total) quede prácticamente eliminada como recurso final de la política, si bien mantienen actualidad las guerras locales y las guerras internas. Estas dos últimas que son características de los países periféricos pueden también ser utilizadas por las grandes potencias en dichos países como arbitrios indirectos de sus propios objetivos.

2. LA REVOLUCION EN AMERICA LATINA

a) América Latina vive³ su segunda revolución nacional. La primera fue la del movimiento emancipador. La de ahora, la de nuestra generación, es la revolución por el desarrollo integral con independencia y la del ascenso de los sectores nacionales al gobierno y al control efectivo de los resortes del poder.

Nada más propio que reiterar esta revolución en la propia palabra de la Iglesia:

*"América Latina parece que vive aún bajo el signo trágico del subdesarrollo... y de la escasa participación del pueblo en la gestión del bien común... Está evidentemente bajo el signo de la transformación y el desarrollo... Esto indica que estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente. Llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva."*⁴

b) Conviene aclarar mi propia definición de esta segunda revolución nacional.

Cuando digo desarrollo integral, me refiero al económico-social, cultural y espiritual. Cuando expreso "con independencia", quiero significar la ruptura de cuatro formas esenciales de dependencia: la económica, la política, la cultural y la ideológica.

Cuando me refiero a sectores nacionales aludo a los sectores nacionales que no están comprometidos o que, en particular, sufren la

³ ESTRATEGIA N° 1, Mayo/Junio 1969, pág. 12.

⁴ Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Conclusiones. Texto Oficial II parte, editado por el Secretariado General del CELAM, Buenos Aires, 1968.

opresión de los grupos dominantes externos, sea ésta imperialista o neocolonialista, o de los que soportan la coacción del colonialismo interno, cualquiera sea la modalidad que dicha coacción adopte.

c) La ruptura de la dependencia —agrego— no significa aislamiento de la comunidad exterior. Es decir, tratar de realizar este proceso bajo el signo de la autarquía. Por lo contrario, con los sectores nacionales en el poder, se crearán las condiciones para negociar con los grupos o sectores externos su participación en esta transformación de la sociedad, pero en función del real interés nacional. Se lo deberá hacer con todos los que actúan en la amplia comunidad internacional, aprovechando incluso las contradicciones entre los dos grandes sistemas mundiales, las contradicciones existentes dentro de los mismos y, aun, los intereses antagónicos de los grupos que operan en los países más avanzados.

d) Esta segunda revolución latinoamericana exige consolidar el rango de Nación de manera tal que el centro de decisión soberana le pertenezca. Según los parámetros que antes he definido, constituyen sus objetivos inmediatos la construcción de las bases materiales y técnicas de la soberanía y el fortalecimiento de los vínculos espirituales entre los distintos sectores y regiones de la comunidad. Nuestras revoluciones nacionales son, en síntesis, una etapa del proceso histórico latinoamericano ubicada entre una sociedad semicolonial, dependiente, y una comunidad nacional integrada, vertebrada, a través de formas superiores de convivencia social y política.

e) Desde un punto de vista político demanda el esfuerzo orgánico de toda la comunidad, pero en particular de sus sectores nacionales que, por serlo, son objetivamente revolucionarios. Del movimiento obrero, de los trabajadores rurales, de la burguesía nacional, de los grupos culturales y de la inteligencia, de la Iglesia, de las fuerzas armadas. De esta exigencia se deriva que, por lo menos en sus primeros estadios, manifieste una neta característica policlasista. En esta inteligencia la unidad del pueblo con sus fuerzas armadas resulta un requisito inexcusable.

f) Dentro de este contexto, cada sociedad tendrá tareas y objetivos distintos, según sea su respectiva situación concreta. Según resulten los niveles de desarrollo integral alcanzados en su proceso de formación nacional. Pero la vertebración definitiva de la Nación tendrá prioridad frente a cualquier alternativa de integración supranacional, aun cuando ésta pueda otearse en el devenir histórico. Esta integración supranacional sólo constituirá una fatalidad histórica cuando la nación rebase los marcos de su propia realidad tal como en el pasado sucedió con el feudo y la ciudad artesanal.

3. LAS FUERZAS ARMADAS Y LA REVOLUCION NACIONAL

a) Las Fuerzas Armadas, por la composición social de sus cuadros y tropa, así como por las necesidades objetivas de su función específica, forman parte de los sectores nacionales de la comunidad.

Por la composición social de sus cuadros y tropa, en razón de que el personal superior proviene —en su mayoría— de la burguesía agraria, industrial, comercial y de otros sectores de la clase media.

A su vez, el personal subalterno proviene de los hijos de trabajadores urbanos y rurales. La tropa, por su parte, cualquiera sea el sistema de reclutamiento, pero en particular si es mediante el servicio militar obligatorio, se incorpora desde todos los sectores sociales y, por lo tanto, con preeminencia de los sectores populares.

Por su necesidades objetivas, dado que por su función específica, las fuerzas armadas están impelidas a construir o a participar, como agentes dinámicos, en la construcción de la Nación. A promover el potencial económico para que éste logre el máximo de autonomía externa. A desarrollar a los niveles más altos sus propios recursos humanos, tanto en lo que hace a sus aptitudes técnicas como a las condiciones físicas y a sus valores espirituales y morales.

Los componentes de las fuerzas, por las razones expuestas, son parte de todo el pueblo, de todos sus sectores sociales, de todas sus regiones geográficas. Se sienten a su vez orgullosas del pasado donde fueron artífices, pueblo armado, en las luchas por la emancipación. De ahí que la tradición nacional se arraigue en ellas con especial particularidad.

Es que, en última instancia, el poder militar —cualitativa y cuantitativamente— es una resultante del grado alcanzado por el desarrollo del potencial nacional, tanto en lo que hace a los factores materiales como a los factores espirituales y morales.

b) Por lo expuesto, en Latinoamérica, sus fuerzas armadas, por su carácter popular y su esencia nacional, tienen una función primaria y fundamental que he definido en otra oportunidad:

“Constituir el escudo protector y, en muchos casos, la vanguardia de todo el pueblo para asentar la soberanía y la autodeterminación nacionales a través del desarrollo acelerado de la economía y de las formas superiores de la convivencia social.”⁵

⁵ ESTRATEGIA N° 1, Mayo/Junio 1969, pág. 8.

Esta función no es pasiva, formal o excluyente. Se confunde con la lucha de todos los sectores que sufren la opresión y la injusticia y de los grupos no comprometidos con los centros de coacción y privilegio.

c) Para los pueblos de América Latina —insisto en subrayarlo— el conflicto fundamental, real y presente es la lucha por el desarrollo integral con independencia y del acceso al poder de los sectores nacionales. Las fuerzas armadas, como integrante de estos sectores de la comunidad, son parte, están inmersas en esta verdadera lucha por la liberación nacional. *Esta lucha se constituye así en la hipótesis de conflicto fundamental, esencial.* Esta hipótesis constituye por lo tanto el punto de partida para determinar las estrategias, para identificar “las fuerzas propias”, para reconocer el aliado y para caracterizar el enemigo.

d) De la participación de las fuerzas armadas en este momento tan particular de América Latina, hay algunos ejemplos concretos.

En Chile, actúan como escudo protector, respaldando las transformaciones de su sociedad, dentro de los moldes constitucionales.

En Perú, en Panamá y en Ecuador, operan como vanguardia de los cambios revolucionarios. En Brasil constituyen un caso atípico, limitado al desarrollo en particular del factor económico. Y dejamos para el fin de esta exposición el caso de Argentina por considerar que merece algunas reflexiones más particularizadas.⁶

e) Cualquiera sea, sin embargo, la modalidad que adopte la participación militar en el proceso de la revolución nacional, esta participación estará condicionada por la situación concreta y, en especial, por la actitud de los otros sectores nacionales o por la relación de fuerzas entre estos sectores y el o los grupos de opresión. en general puede decirse que la intervención del factor militar, como vanguardia de los cambios, se produce para suplir una debilidad temporaria de las otras fuerzas nacionales o, como es en la mayoría de los casos, para ocupar una vacancia que los demás sectores nacionales no aciertan a llenar. De cualquier manera, el papel de vanguardia *no excluye*, antes bien *exige*, la incorporación inmediata a la lucha de los sectores revolucionarios no militares, su participación activa en la acción liberadora.

⁶ En la revista ESTRATEGIA se han publicado temas referentes a dichas fuerzas armadas. Al respecto puede verse sobre Brasil, los Nos. 2, 5, 10 y 11. Perú, los Nos. 2, 5, 9 y 15. Chile, los Nos. 2, 3, 4, 12. Ecuador, N° 15. Panamá, N° 17.

f) Sin embargo no siempre la participación militar en el proceso político adquirió caracteres definidamente revolucionarios. Aparte de la acción del enemigo que confunde o disfraza las opciones; que divide y atomiza los sectores nacionales; que lleva la lucha a frentes secundarios, dos factores a mi juicio resultan fundamentales en el sentido apuntado. El primero, en relación a las fuerzas políticas nacionales, renovadoras. En este sentido no pocas veces se frustró el papel revolucionario de las fuerzas armadas por la incomprensión de sus verdaderas intenciones o porque las fuerzas nacionales no hallaron el camino de la unidad de acción y de doctrina. El segundo, tal vez el más importante, por la actitud de la "cúpula" del sector castrense.

g) Por algunas características de la institución militar, tales como la centralización de la conducción superior, la jerarquización y las rígidas normas de disciplina que presiden su actividad, la "cúpula" de las fuerzas armadas tiene importancia fundamental en la actitud política de aquéllas. Los hombres que alcanzan los altos cargos, tienen posiciones ideológicas diversas, expectativas sociales diferentes, enfoques distintos sobre los problemas nacionales. Existen contradicciones propias de la institución militar. Intereses entre las fuerzas y dentro de éstas, rivalidades entre las armas y las especialidades, lealtades a amigos, a grupos, a promociones. Los cargos en la "cúpula", incluso, no tienen todos el mismo valor político. Sobre esta maraña de contradicciones, intereses y lealtades opera el enemigo. Tiene mil canales para influir sobre quienes se desempeñan en la "cúpula". Puede satisfacer las expectativas sociales de sus miembros o "asesorar" sobre alternativas más convenientes. Controla los resortes de la acción psicológica. Crea imágenes. Puede "inflar" o destruir personalidades. Allana el camino de sus amigos; dificulta, traba o impide el de sus adversarios. La "cúpula" es clave para el papel político de las instituciones armadas. Desde allí se orienta la educación o instrucción de los cuadros. Se gravita sobre los sectores administrativos del gobierno. Allí se determinan objetivos y estrategias, se identifica al enemigo, se caracterizan sus capacidades y se aprecia su modo de operar.

Más de una intervención revolucionaria en América Latina se frustró en la incomprensión de los altos mandos sobre las causas profundas que era necesario remediar, o por introducir en los niveles de decisión a los enemigos del cambio, a los aliados de la reacción, y del *statu quo*. Contra una "cúpula" orientada por la reacción, las fuerzas armadas sólo tienen dos caminos: la resignación, que es complicidad, y se esconde muy a menudo en un falso profesionalismo, o la rebeldía, que comandan desde arriba (vertical) los no comprometidos de la "cúpula", o bien explota

desde los cuadros medios (horizontal) como reacción a la insensibilidad o compromiso de sus mandos.

h) Hay otra forma de desviar a la conducción superior de los objetivos revolucionarios. O por lo menos confundirla o distraerla de la hipótesis fundamental que he señalado. Es la gravitación que ejercen, a través de canales profesionales, las grandes potencias. Antes de la Segunda Guerra Mundial las fuentes doctrinarias profesionales se buscaron, principalmente en Alemania, Francia e Inglaterra, por citar sólo las más importantes. A partir de dicha conflagración, el papel señero pasó a ocuparlo Estados Unidos, no sólo en función de su propio poder, sino también como consecuencia del enfrentamiento ideológico de la guerra fría con la Unión Soviética. Se ha creado en este sentido una real dependencia militar que es necesario poner en sus justos límites. Esta dependencia opera en especial en lo doctrinario y logístico y se implementa a través de la ayuda y asistencia militar (incluidas sus misiones militares), los planes de la Junta Interamericana de Defensa, los Acuerdos y Tratados bilaterales y especiales, las reuniones de Comandantes en Jefe, las ejercitaciones combinadas, los cursos de perfeccionamiento en los Estados Unidos, el intercambio de oficiales, etcétera.

Lo que se olvida a menudo es que la política militar de los Estados Unidos, o de cualquier otra potencia, es una parte de su estrategia general, cuyos objetivos, sobre todo en el caso particular de los Estados Unidos, pueden entrar en colisión con los objetivos de cambio y transformación de nuestros países.

i) Una revolución no es *un acto*, sino *un proceso*. Proceso que gesta y conduce un movimiento revolucionario, con hombres revolucionarios. Este proceso no discurre por caminos previstos y exactamente trazados. Presupone avances y retrocesos. Saltos hacia atrás y pasos hacia adelante. Toda revolución, a su vez, contiene *in nuce* una contrarrevolución. Las fuerzas que son o serán reemplazadas no se resignan a ser desplazadas. Tratan de "enmascarse" a la espera de la oportunidad reivindicatoria o luchan para ocupar o volver al escenario. El momento en que la contrarrevolución aparece en los puestos claves de la acción gubernamental, es el momento de prueba de la revolución. Uno de los aspectos del arte de conducir la revolución es descubrir la contrarrevolución, quitarle la máscara, destruirla. Cuando las fuerzas armadas operan revolucionariamente, su experiencia combatiente las hace especialmente idóneas para esos fines. Cuando por lo contrario se dejan confundir o su "cúpula" ignora la dirección y el sentido del cambio y en función de ello toma al enemigo por aliado y al amigo por adversario, las fuerzas armadas se transforman en contrarrevolucionarias y operan objetivamente a favor del *status quo*.

j) He señalado la *hipótesis fundamental de trabajo* de las fuerzas armadas, en este particular momento de la América Latina. Su participación real y efectiva en la revolución nacional que, para esta inmensa área geográfica, es un verdadero proceso de liberación nacional. Pero también tienen otras tareas específicas de seguridad que conviene recordar. Ningún país debe descartar el conflicto armado con países vecinos, que puede producirse por fricciones originadas en problemas nacionales pendientes o en función de la hipótesis fundamental de liberación que hemos señalado. También está la tarea vinculada “al mantenimiento del orden interno”. Aquí, en esta misión interna, se requiere una clara comprensión del fenómeno, un análisis objetivo y profundo de las explosiones sociales. Muchas veces las rebeliones de abajo se originan en la opresión que se ejerce desde arriba. Opresión, por otra parte, que puede adoptar formas económicas, sociales o políticas. Como expresé en otros trabajos, “la simple represión puede suprimir las formas externas del descontento, pero no sus fundamentos. Lo más grave es que la represión sin cambios, sin revolución, en última instancia sirve sólo a los intereses del *status quo*” ⁷

“No es raro comprobar —afirma la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano— que estos grupos o sectores (se refiere a las formas de opresión de grupos y sectores dominantes), con excepción de algunas minorías, califican de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios.” ⁸

En los problemas de subversión interna el punto de partida debe ser también la hipótesis fundamental de trabajo, ya que de ella se derivarán las estrategias para el cambio y la exacta identificación del enemigo.

k) En relación con esta hipótesis, podemos señalar tres tipos de agresión en América Latina. La de la subversión importada, la de la intervención en los asuntos internos de una nación y la más característica y a veces muy sutil de la agresión económica. Esta última por las modalidades que puede adquirir y la falta de experiencia de las fuerzas armadas puede ser un arma de singular importancia de la contrarrevolución.

l) En síntesis, la Revolución Nacional que vive América Latina y cuya naturaleza he puntualizado exige, en esta etapa, la unidad de todos los sectores nacionales. En esta gran alianza para la liberación nacional, la estrategia integradora, no puede excusar —como antes expresé— la unidad fundamental del pueblo con sus fuerzas armadas.

⁷ Ver ESTRATEGIA N° 2, Julio/Agosto 1969.

⁸ Idem a Nota 4, pág. 66.

4. LA REVOLUCION ARGENTINA Y SUS FUERZAS ARMADAS

Frente a la función principal que he señalado para las fuerzas armadas latinoamericanas y al papel asumido por las mismas en algunos países, cabe preguntarse qué ha sucedido en nuestro país con la Revolución Argentina.

a) En junio de 1966 las fuerzas armadas asumieron la responsabilidad de realizar una revolución que, a mi entender, debía ser parte de la Revolución Nacional. A cinco años de aquella fecha, el tercer gobierno de la Revolución Argentina anunció el proceso de institucionalización el cual se instrumentaría a través del Gran Acuerdo Nacional (GAN).

b) Hoy (agosto de 1972), estoy persuadido que la Revolución Argentina ha fracasado en el logro de sus objetivos fundamentales.

Y lo que es más grave, ha llevado al país a una de sus peores crisis económicas, sociales y políticas. Esta crisis incluye el deterioro de la imagen y prestigio de sus fuerzas armadas. La mayoría del pueblo ha sido ganada por la incredulidad y el escepticismo y no pocos miran el futuro con angustia.

c) De poco vale buscar a los responsables del fracaso. Pero tengo para mí que en marzo de 1967 comenzó la contrarrevolución desde el más alto nivel de la conducción económica. Este sector se constituyó a lo largo de estos años, en el centro principal de la reacción no obstante la sustitución de hombres e, incluso, las buenas intenciones de ciertos funcionarios.

d) Se podría hacer una extensa enumeración de los errores cometidos. Pero la esencia del fracaso debe buscarse en la inadecuada preparación política de algunos altos mandos castrenses que ocuparon puestos claves, en la inteligente acción del enemigo y en el complicado trámite del proceso revolucionario. En estas condiciones lo que predominó fue una total confusión sobre los objetivos y doctrina revolucionarios, sobre las estrategias y políticas para lograrlo y acerca de las medidas para implementarla. A todo esto se sumó el aislamiento de la revolución, no obstante las formalidades, de los sectores más importantes del proceso: el movimiento obrero, la burguesía nacional, los cuadros de la docencia y el magisterio, la Universidad.

e) El Gran Acuerdo Nacional, tampoco ha tenido éxito. El fracaso se ha debido a la inviabilidad propia del proyecto, "idílico acuerdo en las alturas", como lo caractericé en abril del año pasado, de

imponer el candidato a las fuerzas políticas mayoritarias, como también a la propia actitud de las fuerzas armadas y a la posición asumida, en particular, por Juan Domingo Perón.

f) Los altos mandos de las fuerzas armadas, a nombre de éstas, han optado por la institucionalización. El futuro comicio para que sea válido y trascendente, debe ser total y absolutamente libre.

Cualquier medida de condicionamiento que retacee la soberanía popular, será en beneficio exclusivo de la estructura de dependencia. La proscripción indirecta del líder justicialista afecta la pureza del proceso electoral y del acto comicial. La medida parece estar dirigida al hombre, pero en los hechos puede afectar la unidad de su movimiento quizá mayoritario que, por ser policlasista, quedará expuesto al juego de todas sus contradicciones internas.

g) Por su parte deben aún transcurrir ocho meses hasta marzo de 1973. Un período largo y difícil de transitar si las condiciones económicas, sociales y políticas no cambian o se agravan. Las mejores intenciones pueden fracasar en los mil problemas que agobian a diario a la mujer y al hombre argentinos. Es responsabilidad del gobierno adoptar medidas para que los ánimos se serenen y las pasiones se depongan. Y es su responsabilidad adoptar urgentes soluciones a las angustias económico-sociales de los sectores populares y de la clase media, a la crisis financiera que afecta a las empresas, al déficit incontrolado del presupuesto nacional, a la recesión en fin, que afecta a toda la actividad productiva del país, en particular de su interior. Es que en definitiva, a través de la inmovilidad, insensibilidad o pasividad del gobierno, también puede naufragar la institucionalización de la República.

h) De lo que se trata es de consumir la Revolución Nacional. El comicio debe ser sólo el instrumento para sustituir a quienes debían ser los protagonistas principales. Si así no fuera, el acto electoral será un nuevo factor de disociación de la sociedad argentina. Si la conducción superior de las Fuerzas Armadas cree que éstas no pueden asumir la lucha fraterna y de vanguardia por la revolución, debe abrir sin cortapisas el camino de las urnas. El pueblo sabrá honrar esta actitud histórica y librará entonces bajo su escudo protector la lucha definitiva por la liberación nacional.